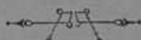




Los literatos asturianos en Francia



La *Nouvelle Revue* una de las más importantes publicaciones periódicas de Europa, que vé la luz en París, dirigida por la célebre escritora Madam Adam, inserta en uno de sus últimos números un interesante trabajo que no puede pasar para nosotros desapercibido. Tratase de un estudio crítico acerca de la literatura española contemporánea, escrito por la conocida escritora que se firma Leo Quesnel. En él se habla de las más recientes producciones de los «maitres de la poesie, du theatre, du roman, et des diverses branches de la critique historique et litteraire» como dice su autor. Y en efecto pasa Leo Quesnel revista á los últimos poemas de Campoamor, á los últimos dramas de Echegaray, á las críticas de Leopoldo Alas, y de Juan Valera, á los libros de Castelar, las novelas de Perez Galdos, Armando Palacio y Pereda y á las poesías del *immortal* Zorrilla.

Como en la REVISTA se habla de tres literatos asturianos, cuyo puesto en la república de las letras al lado de los demás ilustres autores, nadie discute, creemos sea muy del agrado de nuestros lectores conocer el juicio que Leo Quesnel emite acerca de las últimas obras que de ellos he leído.

Siguiendo el orden que el mismo Leo Quesnel sigue, empezaremos por D. Ramon Campoamor.

I.

«El Sr. Campoamor que ocupa sin duda alguna y sin discusion posible el primer puesto entre los poetas liricos de la España contemporánea, ha publicado dos nuevos poemas de carácter muy distinto. El uno corto y fantástico se titula *Los amores de la Luna*, el otro vasto y filosófico lleva por título *El Licenciado Torralba*.

»Entre nosotros tal personaje es completamente desconocido; en España al contrario, ese nombre es legendario. Torralba personificaba á principios del siglo XVI, aquel inmenso desorden de las almas, aquella confusa perturbacion de las conciencias que habia de dar fin á la Edad Media y abrir la Era de las Revoluciones. Torralba fué en la Ciencia y en la Filosofía un hombre nuevo bajo la capa de un hombre en la antigua. Hubo en aquellos tiempos mucha gente así en España: porque ese país con la Italia era el más sábio de Europa. Generalmente su existencia, es ignorada. Solo despues de algunos años, y gracias al vuelo que han tomado entre nuestros vecinos la erudicion y la arqueología, se ha hecho la luz sobre tan interesantes figuras, publicándose cartas, memorias ineditas de personajes semi-históricos en las cuales vemos, como se vé en un espejo roto los rasgos esparcidos de aquella gran época...

»La vida de Torralba es un tegido de dudas y contradicciones, perfectamente aplicables en un hombre que investigaba en las tinieblas, sin método y sin otro guía que el instante misterioso de la razon. Al fin del siglo XV Torralba tenía algunos años más que Lutero y algunos menos que Erasmo y que Savonarola. Nacido en Cuenca, lo vemos aparecer en Roma á la edad de quince años en calidad de page del Obispo de Volterra.

»Ser page de un obispo romano en aquellos tiempos era algo como ser hoy un secretario particular de un ministro... Torralba se dedicó al estudio... Se instruyó en todas las cosas en que podía instruirse, aprendió las lenguas, visitó Universidades, discutiendo con los doctores, atacando, alguna vez, por desgracia, el dogma de la inmortalidad del alma y el de la divinidad de Jesucristo... Torralba además era un gran jugador y un gran libertino...

»Entre sus amigos de Roma encontrábase un dominico, ménos sábio, pero tan loco como él. Fray Pedro refería á Torralba que tenía á sus órdenes un angel el cual le indicaba todo lo que debía hacer y evitar. Una segunda edicion del demonio de Socrates, producido por las mismas causas, pues que Fray Pedro era perfectamente sincero. Preguntó éste á Torralba si desearía ponerse en comuni-

cacion con el angel. La respuesta fué como podía suponerse. Un instante despues los dos alucinados creían ver descender un angel del cielo, con vestidura roja, de cabellos rubios, que decía á Torralba «*Yo soy tuyo mientras vivas y te seguiré á donde quiera que vayas*»...

Leo Quesnel sigue extractando y refiriendo detalladamente el poema de nuestro insigne paisano y luego añade:

«El Sr. Campoamor ha hecho de esta figura y de su historia con la de una dama española residente en Roma donde estaba en trato con Torralba y que como él sufrió alucinaciones, el arquetipo de la humana naturaleza. Su plan es vasto é ingenioso y se armoniza mucho con el titulo de sus capítulos. Está dividido en dos partes y ocho cantos:

Primera parte.—Canto I. La mujer ama á un angel—Canto II. La mujer deja al angel por el hombre.—Canto III. La mujer deja al hombre por el diablo.—Canto IV. La mujer deja al diablo por la gloria.

Segunda parte.—Canto I. Torralba busca la dicha en el espíritu—Canto II. Torralba busca la dicha en la materia.—Canto III. Torralba busca la dicha en el infierno.—Canto IV. Torralba solo halla la dicha en la muerte.

»Con tema tan ámplio, Campoamor entra por las vías de la epopeya filosófica, por donde han ido Goethe y Milton, por donde actualmente marcha Tennyson y los cuales son los que siguen siempre los grandes líricos. Y aquí se vé el partido que de esto puede sacar un espíritu como el del poeta de las *Doloras* y de las *Humoradas*. Esos dos seres enamorados uno de la ciencia y otra del ideal, se unen primero al angel Zaquiél, luego se separan de él para amarse uno al otro descendiendo ambos por la pendiente hácia el amor carnal, perdiendo su belleza primero y cayendo al fin; Rozales en un sueño vano, Torralba en el escepticismo y en el desprecio de todas las cosas. Ambos representan perfectamente en la naturaleza humana la infancia y la juventud, la vejez y la muerte. El autor que por ser un poeta subjetivo, no sobresale menos en el arte de describir, ha sembrado su trama de una infinidad de detalles encantadores, y de primores deliciosos. En este respecto se acerca más á Tennyson que á ningún otro de los maestros del género. Los primeros amores del angel y de la jóven están escritos con tan fina gracia y con tanta delicadeza que parece que cada verso tiene alas...»

Leo Quesnel copia algunas estrofas del poema que por tal modo elogia y luego termina dando cuenta de la nueva edicion de las *Humoradas* y diciendo: «¿Qué diferencia hay en cuanto al carácter

y al género entre estas últimas poesías y las *Doloras* que los han precedido? No sabremos decirlo. Nos parece que las *Doloras* aun cuando no todas sean melancólicas, tienen en general un asunto más grave que las *Humoradas*. En principio las *Doloras* deberían ser tristes y las *Humoradas* alegres: pero la verdad es que ni las unas ni las otras nos parecen responder en absoluto á su nombre. Las confundiríamos sin dificultad todas bajo el nombre inglés de *moods*: son estados diferentes de la conciencia muy sinceros todos, tal como los tienen los poetas impresionistas y como deberían tenerlos todos los poetas. El escritor en prosa tiene el derecho y á veces el deber de razonar sus impresiones, al poeta le basta sentir las. Eso es lo que hace su especial encanto... Por nuestra parte rindiendo homenaje á los grandes esfuerzos de reflexion y de pensamiento que producen obras como el *Licenciado Torralba*, gustamos más de esa sucesion inagotable de impresiones sencillas, no buscadas, no queridas, que son la vida misma del autor de las *Doloras* y de las *Humoradas*.»

II

Leo Quesnel despues de Campoamor habla de Echegaray y con ocasion de este insigne dramaturgo cita á Clarin. Por eso al hablar de nuestro paisano especialmente comienza como verá el lector.

«Acabamos de nombrar con el pseudónimo de Clarin á D. Leopoldo Alas. Este escritor, que es á la vez crítico literario distinguido y un novelista de talento, ocupa un lugar cada vez más notable en la literatura española contemporánea: sus *Folletos literarios* son leídos con avidez y su vigoroso temperamento de crítico se fortifica de día en día. El año último ha sido para él fecundo en disgustos propios del oficio: le han asaltado de varios modos á la vez como ocurre siempre al que se eleva: las cumbres son batidas por los vientos. Pero Alas ha nacido tan bien templado para la batalla que se nos ocurre si todo eso no habrá sido para él el placer de los dioses.

»A la vista tenemos su penúltimo volumen, formado por una coleccion de estudios sobre los autores del día, españoles y franceses: estudios de los cuales algunos habían sido publicados separadamente. El título basta ya para indicar su espíritu: *Nueva Campaña*. El Sr. Alas se apresta al combate ¡desgraciados de aquellos que se opongan á su paso!

»Pero también felices los que caigan en gracia al gran justiciero! Es muy dulce ser elogiado por esos hombres terribles que tan admirablemente saben fustigar á las medianías... Hablando seriamente; como el Sr. D. Leopoldo Alas tiene el sentimiento de lo be-

llo y vé muy allá en sus amplios horizontes, es difícil de contentar tanto por sus obras propias como por las de otros. Por eso ha producido excelentes novelas y por eso como crítico de aspiraciones ideales, altas, es un crítico útil al progreso de la literatura.

»Como él dice muy bien, hacer crítica no es encerrarse en ciertas reglas y leyes (que cambian como todas las leyes hechas por los hombres) y gritar desde allí: Eso es bueno; eso es malo! Y ménos aún es crítica, el contentarse con decir esto me gusta, aquello no. Este último método sumario pertenece al público, juez en última instancia, sin apelacion.

»Y no basta tampoco que el crítico literario dé las mejores razones de sus juicios. Lo que se espera de él como de todo escritor, y aún más que de ninguno, es que haga la luz, que descubra nuevos horizontes, que eleve el ideal del arte.

»Hé ahí porque nos gusta tanto la manera como D. Leopoldo Alas, diseña y juzga á los novelistas. Las obras que él mismo ha producido *Un viaje á Madrid, Cánovas La Regenta!* bastarían por sí solas para darle el derecho á reclamar mucho á los otros; pero se conoce muy bien que él no está contento, y que busca en otra parte su punto de partida: en otra parte, es decir, en una necesidad insaciable de lo mejor; en una curiosidad de espíritu y una sed de perfeccion artistica que no pueden y sobre todo, que no deben nunca ser satisfechas. Quiere que un novelista, lo mismo que cualquier otro escritor «le enseñe algo que no sabe». Eso es pedir mucho y colocar muy alto el fin que ha de cumplirse. Esperando que los maestros de la novela realicen su deseo como ha comenzado á realizarlo Perez Galdos, el Sr. Alas hace para los demás lo que pide para sí: sugiere al lector mil puntos de vista nuevos, le infunde la vida del espíritu, vertiendo sobre él, á la manera de nuestros críticos franceses contemporáneos, Pablo Bourget y Julio Lemaitre y algunos más. un torrente de ideas! sí de ideas! y siempre ideas! Eso no más es lo que dá á un hombre el derecho de escribir. Que sean justas y nosotros aplaudiremos! si son tan solo claras y están presentadas bajo una forma nueva aun quedaremos reconocidos»...

III

«El Sr. D. Armando Palacio Valdés, que nos había dado el año último una novela de valor verdadero, en dos partes, y de la cual hemos hablado sumariamente en este mismo lugar, ha tomado como asunto, bajo el título de *El cuarto poder*, no, la prensa que todo escritor respeta, sino el lado cómico y abusivo del periodismo.

Coloca la escena en una pequeña villa de Asturias y nos presenta el M. Jourdain del lugar colocado al frente de un periódico que funda para su gloria y la de su campanario. En poco tiempo este feliz rincón del mundo, donde todos los habitantes se ocupaban pacíficamente de sus respectivos negocios, donde los honrados ciudadanos se reunían por la noche en el café retirándose juntos á sus casas, se convierte en foco de vanidades sobrecitadas, de querellas y de divisiones. Las cosas llegan á un punto tal que el redactor en jefe estimando como dice irónicamente el autor «que un periodista que no sabe manejar la espada, es un danzante que no sabe tocar las castañuelas» hace venir un maestro de armas de París, que pone á ruda prueba su reumatismo. Las pobres gentes de Sarrió le miran con terror andar por las calles en compañía del maestro y todas se imaginan que el Sr. Belinchón quiere matar á alguien. Verdad es que bien pudo matar más de cien personas á juzgar por el número de desafíos que se cruzaron tanto entre los habitantes de Sarrió como entre sus periodistas y los de la ciudad vecina; pero todo terminaba felizmente mediante actas muy honrosas, gracias al fondo de bondad y á la amistad que al fin y al cabo existe entre aquellos dignos burgueses. Todo esto dá lugar á muy cómicos incidentes. *El cuarto poder* del Sr. Palacio Valdés es tan divertido como *el Don Quijote*; y aún más para nuestro tiempo por la actualidad y utilidad del asunto. El Sr. Palacio Valdés es sin duda alguna entre los novelistas españoles el que descende en línea más directa de Cervantes. La ironía fina y discreta es la nota que posée con mayor fuerza: nota que distingue tanto entre nuestros vecinos traspesinarios, el escritor verdaderamente nacional.»

L. DIAZ.





El Angel de la muerte



Siluetas

Reflejos de nuestra sociedad actual son los detalles que pretendo bosquejaros, reflejos que vendrán à justificar la poderosa influencia que la mujer ejerce sobre la desgracia cuando sus atractivos naturales no están cimentados por esa educación moral que sólo las madres, poseedoras del secreto, saben enseñar à sus hijos.

Es Carmen hermosísima jóven, rica y alhagada por una corte de aduladores que entona himnos hipócritas deslumbrados por el lujoso tren en que se envuelve y por el suntuosísimo palacio que la sirve de nido; palacio à donde solo llega el adúlador incienso, pero nunca la verdad desnuda que allí tiene cerradas las puertas por poco pudorosa; jóven educada sin el amor y consejo de la madre cariñosa; jóven, frívola y exigente que nunca sufrió decepciones ni contrariedades, porque su padre satisfizo al momento cuantos caprichos pudo tejer su soñadora fantasía, y que, siguiendo una ley de la naturaleza, heredó en su organismo, en su sangre, en sus ideas, algo de las ideas, de la sangre y del organismo de su padre.

Este fué en un solo día convertido por el sabio siglo XIX, de ladrón y asesino en distinguido banquero: medios para escalar el trono de la honradez y la consideración...! el dinero...! porque, eso sí, el no podría tener otra cosa, pero dinero! mucho, muchísimo! y existiendo esta poderosa palanca, el mundo ni pide antecedentes, ni analiza árboles genealógicos... ¿para qué? el oro seduce y sella los labios murmuradores, el oro es el Redentor de la humanidad... ¡mucho oro, y el individuo llega à donde sueña la imaginación; edificio sostenido por columnas de este poderoso metal no lo destruye el gemido de las víctimas sacrificadas, ni el luto de los padres, ni las desventuras de los hijos, aunque estos elementos sir-

vieran de aleación para fundirlo; y es lógico que este Creso en otro tiempo atrevido pirata que llegó á convertir el informe monton de carne humana de su repugnante tráfico en áureas pirámides, creyera escuchar en el son que produjeron al chocar unas con otras, tan pronto el chasquido del látigo y el; ¡ay! del esclavo, como el tétrico rechinar de los grillos y las cadenas; sin embargo este bandido de frac era para el periodista un Montecristo, para los gobiernos un probo y opulento banquero y para las comunidades religiosas un recto varon á cuya sombra restaurábanse los templos, se fundaban hospitales y hasta surgían sucursales de crédito: la sociedad estúpida se hacía lenguas de su caridad inagotable y no faltó quien arrastrado hasta la pendiente del servilismo le adjudicase el adjetivo de Santo. No estrañeis, pues, amables lectoras, que siguiendo esa ley natural antes indicada, en la hechicera Cármen se bosquejase algo de la característica dureza del autor de sus dias, que como niña mimada por la fortuna, satisfecho cuanto su deseo pudiera apetecer, ignorando el cariño de ese divino ser llamado madre, pues esta encontró la muerte al darle vida, la molestaba cualquier contrariedad, haciéndose obedecer de los criados con aire imperioso y despótico y para completar el cuadro no tenia grandes afecciones, que por su padre mas bien sintió siempre respeto que cariño; por lo demás la muchacha, siendo con relacion á su estado social lo que se llama un excelente partido, era, queridas lectoras, extraordinariamente linda, airosa, morena, que á fuerza de hallarse en posesion de todos los encantos, experimentaba á los diez y ocho años el hastio del placer: en su rostro oval y en la gentileza de su talle se distinguía el sello majestuoso de las reinas Germánicas, su negra y rizada cabellera, aquellos ojos de azabache, grandes y serenos, encerrados en rico marco de sedosas pestañas, dejaban adivinar algo de la oriental languidez de los huries de Mahoma, y en aquel alto y abultado seno, en aquel cutis en donde se tornasolaban todos los tonos de la aurora, en aquellas correctas lineas modeladas con copos de transparencia rosada, en aquellos carmíneos lábios en donde á todos parecian asomar claveles alejandrinos, todo el corte de las Madonnas de Rafael de Sauzzio... ¡el amor... El amor era su juguete favorito, pues repartia inocentemente su corazon entre un dandy de la moda, elegante jóven y titulo de nobleza, y un muchacho de figura irreprochable, pero... pobre artista, sin más bienes de fortuna que su inspiracion y su talento.

El vizconde del Trueno, decidido y entusiasta adorador de Carmencita, era un buen mozo, y como hombre de mundo, artista consumado en vencer el candor de inocentes palomas, á las que luego solía abandonar sin compasion alguna; sus conquistas que empezaban con brillantes y terminaban con lágrimas, eran calurosamente aplaudidas en la orgia por viciosos camaradas, los cuales afirmaban con cinica gravedad que aquellos factores eran indis-

pensables para adquirir el conocimiento claro de la sociedad, resolviendo la incógnita en esta forma: *la muger no merece consideraciones ni cariño, pues ninguna resiste á la constancia del seductor.* La fortuna del vizconde era muy problemática; entre el juego y la crápula había invertido más caudal que el que de derecho le correspondiera, sosteniendo ya su falsa posición con un aparente desenfado muy cercano al crimen, pues todos sabemos que cuando se cae de muy alto, y no queda la resignación del trabajo, la criatura humana descende al abismo de todo lo abyecto y no vacila en los medios para conseguir el fin, por eso fijó en Carmen su codiciosa mirada, porque Carmen era la única que podía alimentar los deseos traidores é infames de su gastado corazón. La plaza estaba sitiada en regla; lo difícil era rendirla, y el mayor inconveniente que se presentaba, el mayor, aquél que siempre venia á turbar sus meditados planes, el que cien veces había deshecho los atrevidos proyectos del aristócrata, era el cariño que la jóven parecía profesar al inspirado y pobre artista Luis Gonzalvo: tomó en él tales bríos de realidad esta idea, que propuesto á combatirla bajo todas las formas posible maduró y llevó á término la emboscada más odiosa que registran los anales de la maldad. Tenía Luis una hermana, jóven y no mal parecida, que con el producto de su trabajo de modista, aprontaba al capital de la familia su modestísima parte; dos días solamente hacía que había sido llamada para ejercer su profesión á casa de cierta supuesta dama, por medio de una tarjeta falsa y de otra no ménos falsa camarera portadora de la misma, y allí se le tendió villanamente un lazo inicuo y vergonzoso por el criminal vizconde, con la agravantisima circunstancia de que para que adquiriera popularidad el hecho á la puerta de la funesta guarida se encontraban apostados los amigos de aquél, quienes al ver salir á la víctima con furia y avergonzada, pregonando con sus lágrimas de sangre el brutal atropello, prorrumpieron en una estrepitosa carcajada. Con este artificio heria al artista en la fibra más sensible del organismo, justificando al propio tiempo la deshonor de la familia, y anteponiendo á la realizacion de los proyectos amorosos de aquél una barrera infranqueable. No tardó Luis en notar la sobreexcitación nerviosa de su hermana y cuando enferma de gravedad cayó desplomada en su lecho y á fuerza de ruegos confesó á este su desventura, llamaradas de hirviente sangre subieron á las mejillas del jóven ahogando en su garganta un grito de ira salvaje, por temor á que la pobre madre no llegara á vislumbrar la parda nube que se cernía sobre aquella hasta entonces honrada vivienda. El ultraje pedía venganza inmediata.

Luis, caballero y de un fondo noble y generoso, que para esto no son precisos los rancios pergaminos, sino *un escudo de pensamientos en campo de honradez*, ageno á todo lo que fuera engaño y villanía, vió un día cruzar á Carmen por su lado, y al dejar caer ésta sobre

el artista una de aquellas miradas de fuego á través de las cuales se presiente un cielo de venturas, sintió todo su organismo una especie de descarga eléctrica dejándose arrastrar embriagado de de locura tras el presagio de su felicidad. Más reflexionando despues acerca de la distancia que por su humilde posición de ella le separaba, pudo apreciar los sobrehumanos esfuerzos que para conseguir la posesion legal de la mujer amada necesitaba poner de su parte y entonces tembló al presentir que aquella muger lo mismo podia ser su vida que su muerte, su dicha que su eterno infortunio: Cármen sostenia con placer las relaciones de Luis, (relaciones que su padre ignoraba y que al conocerlas nunca las hubiera autorizado) y veia en aquél corazon de artista, todo fuego, todo amor, todo verdad, la imagen de Romeo, Diego Marcella y otros héroes que con exageradas tintas nos pinta el drama y la novela: seducida por aquel candor acompañado de infinitas pruebas de cariño, la muchacha por más que no era al corresponderle ni Julieta ni Isabel de Segura, encontraba halagados su vanidad y su orgullo, traduciendo por amor lo que no es otra cosa sino un vano sentimiento de admiracion, que no interesaba el alma fria é insensible y desconocedora por lo tanto, de todo lo grande, de todo lo sublime.

¡Qué lástima! exclamarán mis lectoras. Es cierto, lástima que ese heróico amor digno de mejor suerte caminara tan ciego tras su perdicion; ¿qué otra cosa podia esperarse de aquel idilio nacido entre celajes de purísima felicidad? por qué ley misteriosa habrán nacido algunos seres?—decía un célebre literato,—¿porqué en el mundo criaturas que al tropezar debieran repelerse, se atraen y arrastran en vertiginosos giros, siendo al cabo envueltas por tenebrosas sombras y precipitadas con impetu violento al abismo de la desgracia?

Luis amaba tambien con todo el alma á su pobre madre; por ella sentia inmensísima pasion, en ella cifraba todo su cuidadoso desvelo y á fuerza de constancia y de sacrificio sin cuento habia conseguido, merced á su notable talento artistico, proporcionarla un bienestar relativo. El público inteligente, los grandes maestros y la opinion general reflejadas en las columnas de los periódicos comenzaban á saludar con entusiasmo al notable violinista asegurándole un porvenir glorioso. Maria, hermana de Luis, graciosa rubia, cuyo corazon estaba asimilado en un todo con el de aquél, completaba el armónico cuadro de la ventura. Cuando en medio de atronadores aplausos el público colocaba sobre la frente del génio coronas de admiracion, la madre, inundados sus ojos por el rocío de la alegría, solia exclamar al ver al hijo de sus entrañas... ¡Dios mio, qué feliz soy...! con ese cariño de madre, inagotable, sublime que no lo tuercen ni decepciones, ni códigos, ni castigos, amor ante el cual se descubren con mucho respeto todas las Religiones, amor divino reflejado al pié de aquella cruz enclavada sobre el sangriento Gólgotha en el acto de la redencion de la mujer.

PRELUDIOS.

¡Gabinete misterioso guardador de suspiros y pensamientos, confidente de los secretos que aprisionan la ninfa que te posee, habla por ella y cuenta... cuenta las doradas ilusiones que revolotean en torno de su graciosa cabecita, escribe sus impresiones en tu tibia atmósfera que tal vez de provechosa lección sirvan las mágicas historias que revelar puedan los ecos de tu indiscreta confesión...! Ausente se halla la Diosa que impone sus caprichosas leyes á la suntuosa mansión, penetremos en ella aspirando ese delicioso perfume que imprime la muger hermosa en el régio *comfort* de que se rodea, y dejando para otros la descripción del fantástico gabinete, vamos á investigar, ya que cometemos el delito de allanamiento de morada, otros tesoros de más valía que indudablemente nos pondrán en posesión del deseo satisfecho, antes de que Càrmen pueda sorprendernos desordenando sus recuerdos.

Un artístico candelabro de cinco brazos, cuya prolongación con otras tantas bujías que derraman su luz por todos lados, hállase colocado sobre la cubierta de mármol jaspeado que sirve de remate á la chimenea francesa, encendida merced al desvelo de cuidadosa doncella: son las cuatro de la madrugada, y ya es necesaria la temper tura que en el gabinete se siente para combatir el frío de las mañanitas de Enero... ¡hola...! sobre el velador hay una carta empezada... leamos:

Querido Luis: Con harto sentimiento mío tendremos esta noche que suspender nuestra acostumbrada entrevista, la Marquesa de Montezuma, manifiesta un verdadero interés en que acuda al baile que dá en su palacio, y yo...no puedo disgustar á mi padre interesado vivamente en complacer á tan distinguida dama...me espera la modista despues continuaré...» ¡Vaya una decepción! ¿quién será este infeliz que debe á la visita de la modista nada menos que el ignorar el cruento sacrificio que en aras del amor se impone la elegida de su corazón? la carta esta sin concluir, tiene la fecha de ayer y... ¡y es muy posible que el pobre esté en la calle convertido en un sorbete esperando que se rasguen las nubes de su deseo para escuchar esas armoniosas melodías, dulces y alhagadoras, que mecen el sueño de los amantes...descorramos las cortinillas...¡a ver! Efectivamente, allí en la acera se distingue un embozado que de la precipitación de sus pasos puede deducirse algo de anormal: de vez en cuando levanta la cabeza, como interrogando el mudo quietismo de estos balcones; es un volcan de fuego sobre témpanos de hielo, como ella puede ser un corazón de escarcha que pasea su alma indiferente sobre el ardiente cráter del amor despertado á su paso entre los admiradores de aquella creación sublime de la Naturaleza; el lleva mares de inefable dulzura dentro del alma y ella muestra en

sus púrpuros labios asomos de dicha, que no son otra cosa sino los sangrientos tintes del engaño y la falsía.

Sigamos nuestra interrumpida revista... ¡magnífico neceser, obra primorosa de arte y de elegancia! aquí debieran encerrarse las joyas de Carmen, pero en su fondo truécense los diamantes, y esmeraldas por dos paquetes de perfumadas cartas recojidos cuidadosamente y sujetos con cintas de seda verde: dice el uno: «Cartas de Luis.» y el otro: «Cartas del vizconde.» Inconscientes víctimas que junta distraidamente la mano de la infiel en el calabozo del amor; si los seres animados por esos nombres deliran y sueñan con la coqueta, nunca las cintas debieran desatarse, que podría muy bien de entre las cartas surgir alguna declaración de guerra, mucho más conociendo el contenido de las que transcribimos à continuación:

«Adorada Càrmen: Solo tu amor me inspira en el camino del arte, tus ojos me prestan la poesía del aplauso que conquisto, y te amo tanto, que yo espíritu débil é incapaz antes de haberte conocido de acometer aventuradas empresas, solo por ahorrarte un disgusto... ¡que digo disgusto por satisfacer el menor de tus caprichos, siento allá dentro del pecho; alientos jigantescos para todo, y esto que me eleva, que me dignifica ante mis ojos, es al propio tiempo un cruel torcedor que atenacea mi alma, porque... no sé... no quiero pensar lo que haría, si se oscureciera tanta dicha. La distancia que nos separa es infinita, la fortuna te sonríe, el mundo se prosterna ante tus pies seducido por el esplendor que te rodea, electrizado por los destellos de luz de las piedras preciosas, pero yo que por el contrario adoro con idolatría los efluvios amorosos de tu alma, no debe extrañarte nada que te repita que la pérdida total de todo cuanto posees sería el colmo de mi alegría, de ese modo estuviera más cerca de tu lado y tal vez entonces algunas palabras que el temor aprisiona, podrían llegar à tus oídos con entera libertad: perdona, Carmen, si soy tan egoísta. Mi cariñosa madre te nombra à cada momento; yo la digo que eres un ángel y ella me contesta llorando de placer—¡quírela, hijo, con toda tu alma! pero no me quites à mí la parte que me corresponde en tu corazón!—. Pobre madre mía! Tú no sabes, tú no puedes comprender lo que es una madre! Anoche te vi en el teatro qué hermosa estabas y yo qué orgulloso con tus miradas! Con esta carta te entregará tu ayuda de Càmara dos camelias; te las mando porque sé que son tus flores predilectas. Adios Càrmen de mi alma, piensa que tu olvido sería la desgracia eterna de Luis.»

He aquí la otra. Ostenta en el membrete escudo de armas y corona, como muestra de los blasones y la limpieza de sangre del aristócrata; veamos si el contenido del escrito responde à tanta nobleza. Hermosísima Càrmen: He sabido casualmente que todas ó casi todas las noches acude al pié de sus balcones un jóven músico à quien V. acoge con cariñosas palabras; nada me inquieta es-

te insignificante detalle, no es V. tan cándida que poseyendo una inmensa fortuna y siendo en los salones aclamada universalmente como reina de la hermosura, tome en serio los amores con un hijo del pueblo, que al fin y al cabo, por no destruir tradiciones, sólo buscará el oro que alimente sus vicios y encubra sus miserias. La elegante sociedad no la perdonaría nunca un acto tan marcado de *sensiblería*; los gemidos de Beccquer, los suspiros de Heine, y las irónicas lamentaciones de Byron y Espronceda, pasaron de moda: el cariño entre los esposos siempre es un lazo, pero nunca como algunos afirman la base de la felicidad. Nosotros, preciosa Cármen, seríamos un verdadero modelo para el matrimonio moderno.

Habrà leído V. en los periódicos de oposicion que he sido la causa de la ruina de muchas familias; yo soy incapaz de causar daño á nadie, esta suposicion obedece tan solo á que como el Gobierno me ofrece decidida proteccion en una empresa de ferrocarriles y esto me proporciona considerables ganancias, se ha despertado la envidia maliciosa, que yo desprecio, pues nunca puede dementir mi acrisolada honradez; el ilustre nombre que llevo me pone á salvo de asechanzas traidoras. Todos mis afanes, todos mis deseos se cifran en hacerla á V. dichosa, suyo.—Cárlos

P. D. En este momento me aseguran que el jóven que tiene la osadia de ofrecerle su amor, además de la miseria que le rodea pertenece á una familia de dudosos antecedentes; una hermana suya, que oculta sus vicios con la profesion de modista, arrastrada por la fatal pendiente de la prostitucion, es otra nota oscura que completa el cuadro de las personas que rodean al artista; como verdadero amigo, celoso por el prestigio y honor de su padre, advierto á V. el peligro á que se expone, si desde luego no abandona eso que yo considero más bien pasatiempo que cariño. Medite V. con calma, querida Cármen, sobre el asunto, pues su inocencia solamente es la que le coloca en una critica situacion, que gracias á mis buenos oficios, todavia tiene remedio.

TEMPESTAD.

No abandona el desgraciado Luis la acera de la calle, sus piés crujen sobre el terso cristal, dentro del pecho salta el corazon escuchándose el martilleo del coraje, y en el cerebro se suceden á los fantasmas aterradores pidiendo venganza con puñales ensangrentados, visiones celestiales llenas de luz, que reflejan el semblante de Cármen; ¡qué lucha más horrorosa, el amor y la venganza, la vida y la muerte, el prestigio y la deshonra! Los balcones de la coqueta permanecen mudos é insensibles á sus desvelos pero hay sin que nadie lo aperciba otro centinela receloso que presiente algo desconsolador: la madre tiene un instinto profético y rara vez se equivoca en sus presagios, la madre de Luis, adivinó que su hijo era presa de angustia mortal, y como ese divino ser hereda siempre el dolor y las lágrimas de los hijos, mártir de su cariño,

desafiando la crudeza de la noche gacial ocúltase temerosa de ser descubierta en un ángulo del balcon, arrebujándose en el manto y disminuyendo trabajosamente su pufis en la penumbra, desde allí sigue con ojos inquietos los pasos de aquel, mientras escucha el quejido de la hija que presa de fiebre voraz gime en el lecho del dolor. ¡Pobre madre! En un instante ha perdido aquella seráfica ventura que la rodeaba. ¡Cuán efímera es la dicha en este momento!

Vivía el artista en la misma calle de Cármen, casi en frente de las puertas del suntuoso palacio; apenas los labios de su hermana mo-dictaron en hora fatal el nombre del infame, salió satinado de cruel desesperacion dispuesto á beber la impura sangre del seductor, que así desgarraba sin compasion el tesoro más preciado de la familia ¡la honra! Inútiles fueron sus pesquisas; preciso era dominar la cólera hasta el nuevo dia, el vizconde segun confesion de los criados habia dejado dicho que aquella noche no le esperasen, cosa á la cual estaban muy acostumbrados los sirvientes. Pero la zozobra de Luis era grande, él tenia que depositar en alguien la pena que le traspasaba el corazon, á su madre nada la podía decir hubiera sido una infamia; á su hermana, tampoco, la pobre era la víctima inocente; ¿quién mejor que Cármen podía segun el artista admitir tan sagrado depósito? Nadie. Así es que llegó al pié de sus balcones mucho antes de lo que acostumbraba y allí lo hemos visto ya intranquilo y desesperado. Cinco horas de mortal angustia habian trascurrido desde que debieran abrirse las vidrieras, era la única noche que permanecian impasibles. ¡Todo eran contratiempos, todo decepciones! Sin embargo, una voz interior le aconsejaba que no dejase su sitio y ¡juzguen mis lectores qué nubes de pensamientos no cruzarian por su exaltada imaginacion.....!

Comenzaban á preludiarse los primeros albos del crepúsculo, cuando de improviso túrbase el silencio de las sombras y una lujosa berlina tirada por dos hermosos caballos se detiene ante la puerta de Cármen, el lacayo abre la portezuela y baja primero el vizconde, que se vuelve para dar la mano á la imágen que Luis tenia en su pensamiento, á la Diosa de sus sueños á la que el quería hacer depositaria de sus secretos: salta esta al suelo ligera, alegre y sonriente envuelta en abrigo de finísimas pieles blancas, semejando un cisne al erguir su niveo cuello sobre el estanque, y detrás su padre, aquél banquero ídolo del siglo XIX; cámbiase un afectuoso y significativo saludo de despedida; padre é hija desaparecen trás la pesada puerta, el lacayo obedeciendo las órdenes del vizconde, se aleja con la berlina de aquél sitio, y este, queda en la calle cruzado de brazos, fijo y pensativo, como en actitud del que algo espera.

En aquél supremo instante, Luis obedeciendo á una de esas sugerencias humanas que nunca podrán dominar jueces ni castigos, con los ojos inyectados en sangre y ardiendo en deseos de vengam-

za iba à salir del quicio de la puerta en donde se hallaba oculto y desde el cual habia presenciado absorto aquella escena que tan rápida habia pasado ante sus ojos, cuando una idea le asalta de improviso, deteniéndole; una idea que se atraviesa en su cerebro imponiéndose al torbellino de fantasmas que en confuso desórden bullen y se agitan en aquella acalorada imaginación ¿para colmo de su infortunio, aquel ángel á quien rinde fervoroso culto le será infiel? No...no es posible—exclama—no es posible de ningun modo, ella me ama, y me ama á mi solo... pero... ¿de donde viene? ¿como la acompaña ese infame? ¡Ah vizconde! tu ya estas entre mis manos, ahora me rendirás cuentas de honra... ¡Ah! es necesario que yo lo sepa todo, él espera ¿á quien? ¡Dios mio... que idea! No acababa de pronunciar entre dientes la última frase, cuando un ruido imperceptible que denunciaba el abrir de una vidriera, vino á dejarle petrificado, tanto más cuando vió distintamente la figura de Cármen apoyada sobre la barandilla del balcon, todavia con el abrigo de pieles con que bajó del coche.

Lo he pensado bien Vizconde:—dijo aquella—sus cariñosos consejos me han convencido que Luis ha sido indigno bajo todos los conceptos del amor que hasta hoy le he profesado, y cumpliendo la palabra empeñada, salgo para manifestarle, que estoy conforme en que desde luego solicite V. formalmente mi mano.

¡Gracias, adorada Cármen, gracias! Como prenda que sirva de sello á esas palabras que me abren el paraíso, hágame V. poseedor de las dos camelias que descansan sobre su pecho, flores que por ser obsequios del artista en vano he solicitado con marcado interés toda la noche.

Tómelas V.; ahora me avergüenzo de haberlas admitido —y añadiendo la accion á la palabra, arrancóselas del escote, cayendo en las manos del afortunado Vizconde.

Oyóse un rujido de pantera, y con la celeridad del rayo y la furia del leon á quien arrebatan su presa salvó Luis la distancia que le separaba de Cárlos y despues de arrancarle aquellas flores, testimonio fiel de sus negros presentimientos, con voz de trueno, el semblante livido y desencajado y sosteniendo un revolver en la mano derecha, le dijo:

—¡Mirame frente à frente, villano; tú has sido el violador de mi honra, tú el cobarde y asesino que urdes con satánico talento las intrigas para desvanecer en un momento todo el cielo de mi felicidad... ¿estas satisfecho de tu obra?

El Vizconde sorprendido por tan brusca agresion y cobarde como todos los infames, miraba á su interlocutor con los ojos desmesuradamente abiertos por el espanto.

¿Estás satisfecho de tu obra? Los traidores mueren á traicion: toma y ve á dar cuenta á Dios de tu nobleza—dijo, alojándole una bala en medio del corazon.

El aristócrata cayó desplomado al suelo, sin proferir una pala-

bra.—¡A Dios, madre del alma! ¡adiós Carmen, te amo todavía! ¡Dios mío perdóname, yo no puedo sobrevivir á tanto dolor! exclamó Luis—apuntando á la sien derecha el cañon del arma fatal. Sonó la segunda detonación y en la puerta de Carmen quedaron dos cadáveres. Aun repetían en el espacio las vibraciones del disparo, cuando se escucha una horrible carcajada, cuyos ecos hie-lan de espanto, carcajada de muerte, carcajada que parecía más bien el claveteo de un ataúd, que la protesta irónica y sangrienta de la sociedad al declararse inocente del horroroso drama.

La madre no debía ser agena á tan horriboras sensaciones, al sonar el segundo disparo, al tambalearse el segundo cuerpo y quedar sin aliento sobre la acera; aquella silueta que disminuía el perfil entre las sombras, irguióse de repente, agitó los brazos como queriendo detener la terrible arma y despues de asomar á sus ojos dos lágrimas de sangre, espresó todo su dolor con la estridente carcajada.

La madre de Luis estaba loca. Moría en aquel instante para el mundo.

.....
Han transcurrido dos años. Dicen que el tiempo es el mejor talisman para borrar los recuerdos, es cierto; en el mundo todo desaparece, todo huye, todo se estingue todo... menos el cariño de la madre, ese va más allá de la tumba.

Es una hermosa mañana de primavera; sentada sobre un banco de piedra del limpio y anchuroso patio de cierta casa de salud se encuentra una anciana, á quien los sufrimientos sin duda han proporcionado una permatura vejez, jugando maquinalmente con la punta de su delantal, como pudiera hacerlo una niña con la muñeca; de cuando en cuando, con amoroso anhelo pronuncia estas palabras—¡Luis!—¡Luis!—y entonces su mirada toma un tinte especial é imperceptiblemente se humedecen sus pupilas; esto no dura más que un segundo que luego vuelve al estado de idiotismo é imbecilidad perdiendo la fisonomía todos los rasgos característicos de la inteligencia; esta señora padece una locura pacífica y los médicos que siguen con esactitud premia el plan que se trazaron para combatirla se prometen curarla radicalmente. A su lado también sentada y observando con marcadísimo interes los menores movimientos de aquella, se halla una hermana de la caridad, joven de peregrina hermosura los personajes son conocidos nuestros; uno, la madre del desventurado artista; otra, aquella Carmen, envidia de las mugeres y constante martirio de los hombres Carmen, que arrepentidamuy tarde de haber sido la causa de horriboras catástrofes, renunció al mundo para consagrarse al servicio de aquella anciana á quien adoraba con locura y con frenesí. Todas su riquezas estaban puestas al servicio del establecimiento para utilizar cuantos medios aconsejase la ciencia á fin de obtener un feliz resultado.

Hermana Cármen.—dijo el médico, presentandose en aquél instante—¿habeis notado algo en la enferma?

Sí, doctor; replicó la interpelada con dulcísimo acento—observo que repite con más frecuencia el nombre de su hijo, y hasta creo adivinar en sus húmedas pupilas una ternura, una pasión que antes no existía.

—¡Buen sintoma! Buen sintoma! hay esperanza—repuso el Galeno—ahora mismo se encuentra en estado de sujetarse á la prueba que tenemos proyectada, y la vamos á llevar á cabo.

Desapareció el médico para volver al poco rato con un retrato del desventurado amante de Cármen, retrato que siempre estuvo colgado en la sala de la casa de aquél, cuando en época más venturosa vivía con su madre y hermana!

¡Señora! ¡Señora! aquí está Luis.

La anciana no varió de posición.

—¡Señora!—mírela V.—este es el hijo querido, el artista, el genio que todo el mundo saluda con respeto—dijo, poniendo el marco y el lienzo sobre las rodillas de la demente, y de modo que se pudiese ver el fondo.

Esta lo sostuvo maquinalmente, pero de improviso, pasó la mano izquierda sobre sus ojos, como si pretendiera desvanecer alguna nube, y luego quedó fija é impasible su mirada sobre el cuadro.

Cármen y el médico, seguían con alegría aquellos síntomas precursores de la razón.

La madre no abandona los ojos del lienzo, los sollozos entrecortados preludian el éxito, y como afirmando los esfuerzos de la ciencia y dando expansión á los sentimientos del alma exclama con acento delirante y besando repetidas veces el retrato:

—¡Hijo mio...! ¡Hijo de mis entrañas...!

—¡Está salvada!...—dijeron á la vez Cármen y el profesor.

Como si hubiera sido contrariada en su alegría por aquella exclamación, la enferma efectuó con la cabeza un movimiento de disgusto, volviöse hácia el punto de donde habia salido la voz, y deteniendo su mirada en la hermana de la caridad, comenzó á observarla con fijeza, luego con asombro y finalmente con terror. En los pálidos y secos labios de la anciana se dibujaba un signo marcadísimo de repulsion; ¡es ella...! ¡es ella...!—exclama con ira reconcentrada —¡Infame! ¿Dónde está mi hijo?

Y una histérica carcajada, larga y sostenida, terminó esta sombría escena.

—¡Todo ha sido inútil! ¡Todo se ha perdido en un instante! —dijo el doctor visiblemente impresionado—esa pobre ha muerto para el mundo; su locura es incurable y nunca recobrará la razón.

VICENTE REVEST.





EL MOTOR KEELEY.



I.

Un chusco sentado en un banco de la plazuela de Oriente decía á su interlocutor—¿Ve V. el Prado?—Sí señor.—¿Ve V. la puerta de Alcalá?—Sí, señor.—¿Ve V. la plaza de Toros?—Sí señor.—Pues amigo tiene V. una vista de órdago.

Muchas veces se podría parodiar el sucedido, cuando en cátedras elementales y superiores, profesores y discípulos preguntan y contestan con la mejor buena fé sobre ciertos asuntos.—Sabe usted lo que es la materia?—Figúrese V.—Y la fuerza?—Perfectamente.—¿La energía...?—Como si la hubiera parido. Fòrmanse así generaciones de gente instruida en el significado convencional de las palabras científicas, de gente que cree en la infabilidad del diccionario, lo mismo para discutir y resolver problemas sociológicos, que para fallar en cuestiones de ciencias físico-matemáticas. El mal está en que las palabras antes de definir las no evocan en la mente el contenido íntegro del ente real que representan; después de definidas... suele quedar peor la cosa. Valga esta introducción para explicar como al anuncio de ser un hecho experimentado la invención del estupendo motor americano, que servirá de pretexto á este artículo, personas de relativa instrucción técnica en Francia, en Italia y en España se han corrido á estampar en periódicos muy leídos (*Figaro, Secolo, El Dia* etc.) que el tal invento no sólo haría una revolución en la industria, verdad de á fôllo, sino que trastornaba por completo los fundamentos de toda nuestra ciencia mecánica, que á su vez es la substrucción de toda la ciencia futura moderna.

II.

Corrió la voz de que era cierto de toda certeza que el americano Keeley había inventado una máquina maravillosa, cuya des-

cripción detallada no es de dominio público; pero que en sustancia se reduce á lo siguiente:

Una esfera de metal se apoya en dos muñones, preparada á girar; la esfera contiene en su interior un número crecido de cuerpos vibrantes, especie de diapasones. Cuando merced á ligeros esfuerzos mecánicos estos cuerpos vibrantes ejecutan una sinfonia, cuya fórmula debe ser parte del gran secreto, la esfera empieza á dar señales de vida; oscila primero al rededor de los muñones, luego vence el punto muerto y gira; al principio lentamente, despues con velocidad mayor. El eje determinado por los muñones recibe una correa de trasmision, y héte aqui una máquina, en la que el trabajo muscular del manipulador, que ha afinado la orquesta, y el trabajo resistente por los centenares de kilogrâmetros, á que asciende la labor hecha por el aparato que la correa ó engranaje de trasmision ha puesto en movimiento.

Industrialmente considerado el invento sería lo que nuestros vecinos llaman *une anbeine*, en español una ganga; reuniendo todos los vagos que tocan el organillo por las calles quedaba asegurado el porvenir de la humanidad; los hombres trabajadores podrían dedicarse á estudiar la cuadratura del círculo ó el problema de las reformas militares en España. Pero no, todos serian pocos para reconstituir el edificio científico arruinado desde los cimientos al tejado; habria resultado que la serpiente sólo había mentido á medias; los hijos de Adán y Eva comerian con bastante descanso, pero quedarían sepultados en la más completa ignorancia. En resúmen es lástima que el invento Keeley no sea más que una filfa, según todas las apariencias; y es tanta más lástima, cuanto que bien examinada la cosa, de ser verdad la invencion no sólo estaba asegurado nuestro ocio corporal, sino que hasta la ciencia, léjos de necesitar una reconstrucción, quedaría si cabe más firme y rozagante que está en el día de la fecha, y podríamos dedicarnos todos al cultivo de la estética en todas sus manifestaciones. Mas es; de aplicación en aplicación del nuevo invento haríamos remontar su curso al tiempo, iríamos hácia los comienzos del Cosmos en vez de marchar hácia la decrepitud, y sólo en caso de que los organillos-máquinas adquirieran descomunal potencia y los músicos se entusiasmaran, correríamos el riesgo de eferizarnos, de volver al estado de nebulosa; en vez de un fin de la tierra silencioso y helado, daríamos á los cielos asombrados el espectáculo de un incendio cósmico, especie de cremacion musical de la raza humana.

Me explicaré, como dicen en los teatros.

III.

Ese principio fundamental de la mecánica, que llevarian los demonios si Keeley fuera un genio, y no un soñador ó un timador

científico, es el que se llama de la «Conservacion de la energía» que viene á ser en forma didáctica una confirmacion de la sentencia divina que nos condena á trabajar constantemente, si queremos comer. No hay máquina, por ahora, que nos redima; si necesitamos imponer á la materia una trasformacion adecuada á nuestras conveniencias, y esa trasformacion representa esencialmente, un esfuerzo equivalente al que exigiría levantar un peso de 10 kilogramos á dos metros de altura, ó sea un trabajo de 20 kilográmetros, como quiera que nos las compongamos, cuando tengamos terminada la labor, ejecutada la operacion petecida habremos gastado 20 kilográmetros (generalmente bastantes más), de nuestra fuerza muscular ó de otra fuerza. Pero con el motor Keeley la afinacion de los diapasones costaría un trabajo de un kilográmetro por ejemplo, y la operacion ejecutada por la herramienta puesta en movimiento representaria un trabajo de 100 ó 200 kilográmetros; la ley de la conservacion de la energía, la de la equivalencia de los trabajos motor y resistente en todos los fenómenos naturales quedaba desmentida, y la humanidad redimida de la dura sentencia.

Como no todos nuestros lectores serán peritos en cuestiones de física, voy á adelantarme á una objecion. Este ahorro de esfuerzo, esta demasia del efecto obtenido sobre el trabajo gastado parece frecuente en la naturaleza. Tengo un depósito de agua en alto abro un grifo, y con el agua que cae hago un trabajo muy superior al esfuerzo que me costó dar vuelta á la llave. Relleno de dinamita un agujero abierto en una roca, prendo fuego á la mecha y rompe la roca; lo que yo trabajé no bastaria para desprender acaso un decímetro cúbico de piedra. Contestacion.—Aunque el agua haya sido llevada al depósito por las nubes, una vez gastada toda se acabó la fuerza de momio; si queremos repetir, y no llueve, hay que subir el agua á pulso, y en esto se gasta teóricamente tanto trabajo, prácticamente más, como el que el agua suministra al caer; por eso hemos dicho que los kilogrametros que exige toda operacion industrial, invariablemente, pueden ser nuestros propios ó regalados por la naturaleza. En el segundo ejemplo el arte combinado con la naturaleza pone á nuestra disposicion en la constitucion quimica de la dinamita un número de kilogrametros latentes que se manifiestan bajo ta accion del calor desarrollado por la combustion de la mecha; pero como caso primero, si queremos repetir la faena, tenemos que procurarnos nueva pólvora.

Fácil es ver la ventaja, que segun todas las apariencias reuue el motor Keeley, si es que hay tal motor. En los casos citados despues de ejecutado el trabajo, el sistema trabajador ha quedado descompuesto; en el primer ejemplo el depósito vacío de agua, en el segundo la pólvora convertida en gases, que se han esparcido á los cuatro vientos; en el motor Keeley ejecutado el trabajo, apagados los últimos ecos de la benéfica sinfonia, todo está dispuesto por

si mismo para volver á empezar; aqui el desequilibrio entre el trabajo motor y el resistente es indisputable; la humanidad está de enhorabuena, aunque los sábios bajen los ojos avergonzados.

Repito que no sé si hay tal motor; segun el Figaro en la Academia francesa no han querido ensayarlo, aunque el invento contaba con padrinos sérios y convencidos; el periódico dice que esa negativa no prueba nada; tanto como nada no diré, pero en fin no lo prueba todo. *El Cosmos* dice que es una esplotacion de mala fé; no conozco las razones en que se funda la redaccion.

Lo que si afirmo es, que si la Academia francesa no ha querido ensayar el invento precisamente porque parece contrario el principio de la correlacion de la energia, ha hecho mal, porque no hay tales carneros; puede ser un hecho el motor Keeley y el principio citado lo explicaria como explica el resto de los fenómenos mecánicos. Mostremos como.

IV.

Si trabajo es subir un peso á una altura, trabajo es soportarlo é impedir que caiga; así pues la cuerda que sostiene un peso, la viga en que se apoya el tablero de un puente cargado con locomotoras y wagoes, bajo su apariencia inerte esconden una fuerza capaz de ejecutar un trabajo; esa fuerza puede llamarse *grosso modo* atraccion molecular. En la esfera y en los cuerpos vibrantes del motor Keeley hay pues una fuerza esencial, oculta como lo está la de la polvora. Si efectivamente una nota dada, ó una combinacion de notas, gozase de la propiedad de trasformar el Kilogrametro impulsor en cientos de Kilogrametros suministrados por la rotacion del sistema, habria que examinar la constitucion molecular de las partes de éste despues de efectuado el trabajo; ya nos comprenden nuestros lectores. Esos Kilogrametros de ganga aparente, inagotables, no serian tales; el sistema de trabajo solo á la vista apareceria fresco y dispuesto á empezar y seguir indefinidamente dándonos ciento por uno; la fuerza intrinseca de los materiales habria sido empleada, el sonido armonico habria desorganizado los cuerpos que lo producen, estrayendo, como una bomba extrae el agua, las fuerzas moleculares, y dando á estas fuerzas una nueva forma adecuada á la generacion del movimiento visible del sistema todo. No de otro modo la tierra mas fecunda produce cosechas y cosechas sin aparente depreciacion, hasta que llega un dia, en que se advierte que las fuerzas productoras se van agotando, que el refuerzo que suministra la atmósfera no es suficiente, y tiene que intervenir el hombre dando con los abonos alimento á la tierra estenuada.

Industrialmente habria que saber si el gasto de elasticidad de los metales, comparado con los Kilogrametros producidos, colocaria al sonido entre los motores caros ó baratos, favorables al trabajo

gratuito ó desfavorables. El vapor necesita desorganizar carbon, la electricidad zinc, el sonido desorganizaría otros cuerpos.

Científicamente encontraríamos el equivalente mecánico de la cohesión, de la elasticidad, de toda esa familia de fuerzas moleculares hoy confusamente exploradas, y empíricamente estudiadas; el sonido sería un reactivo, un instrumento de análisis maravilloso, y su utilidad científica bajo este aspecto ascendería en grados respecto á la situación que ya hoy ocupa.

Acaso las máquinas, que hoy poseemos para investigar el conjunto de esas propiedades que comunican á los cuerpos las fuerzas moleculares, no fueran bastante delicadas, bastante ingeniosas para describir y mucho menos para medir y precisar la desorganización de los materiales, que serían el verdadero motor del aparato Keeley; probablemente esas máquinas tendrían que ser sustituidas por aparatos análogos al Keeley, y como siempre marcharían á la par la práctica y la teoría; se abriría un nuevo y hermoso camino á la ciencia física matemática. Pero el principio fundamental, el único que hoy hace posible la ciencia, pues sin él todo sería arbitrario y contingente en los fenómenos naturales, ese principio no habrá recibido sacudida ninguna; todo lo contrario, el fenómeno nuevo vendría á confirmar una vez más la universalidad de la ley.

Más es; en el campo de la fisiología hay fenómenos bien conocidos que podrían servir de antecedente al motor Keeley. Cuando la palabra artística de un orador arrastra á las muchedumbres, cuando la música y el ruido de las batallas dan fuerzas al soldado próximo á desfallecer, también un sonido obliga á las células orgánicas á poner de manifiesto sus fuerzas ocultas, á sacar esas fuerzas de flaqueza; pero también pasado el entusiasmo del momento viene la reacción, y solo el descanso y el alimento pueden devolver al individuo el equilibrio fisiológico gravemente comprometido en los momentos de excitación.

V.

Pero aún se puede ir más allá en el terreno de las hipótesis lícitas. Supongamos que las más esquisitas investigaciones no acusaran variación ninguna en la organización física y química de los materiales del motor Keeley; y que coronando este resultado negativo, la experiencia enseñara que durante días, y años y siglos el aparato conservaba su pristino estado, siempre dispuesto á regalarnos gratis centenares ó miles ó millones de Kilogrametros, sahumados con sonoros himnos á la redención humana.

Todavía el principio fundamental de la mecánica explicaría el fenómeno; solamente habría que retocar una de sus consecuencias más recientes y menos conocidas; la teoría de la disipación de la energía.

Hay en las ciencias nombres mal escogidos; uno de ellos es la

lucha por la existencia en la teoría darwinista; otro el que acabamos de mentar. Parece que no son compatibles los términos *conservacion* y *disipacion* de la energía; ya sabemos entender el primero; espliquemos el último.

Hay dos clases de energía; una que perciben nuestros sentidos corporales; otra que solo se revela à nuestra razon. La primera afecta siempre la forma de un movimiento, en que los caminos recorridos y las masas que los recorren son susceptibles de ser apreciados; en la segunda se supone que estos movimientos continúan; pero la amplitud de los caminos es infinitamente pequeña, ó la velocidad infinitamente grande, y las masas que se mueven, aisladamente consideradas, escapan à los limites de la vision. No es esto una definicion irreprochable; es una representacion aproximada de la realidad, que no contiene elementos apreciables de error. La ciencia no puede representarse aproximadamente siquiera al principio de las cosas en absoluto; circunscribiéndose al principio de un sistema planetario, admite que los últimos átomos de la materia más simple, animados de un movimiento rectilíneo y uniforme, al chocar unos con otros, merced à sus direcciones convergentes dán lugar à inmensos torbellinos; à medida que cada átomo iba perdiendo energía visible adquiria energía latente, representada por un movimiento abstractamente descomponible en otros varios, cada uno de los cuales comunicaba al sugeto propiedades, que objetivamente no eran mas que las afecciones de ese movimiento complicado, pero que subjetivamente, para nuestra razon informada por nuestros sentidos, constituyen la filiación de los distintos cuerpos simples y compuestos queditingimos. La tendencia natural, la que la observacion y la experiencia señalan en cada sistema planetario, es esta: la conversion de la energía visible en energía latente; la conversion de la materia simple y libre en materia compleja, diferenciada y latiendo, vibrando con un ritmo tal que la temperatura del todo sea la misma en cualquier punto de la masa. A esta conversion de la energía visible en energía latente es à lo que se llama disipacion de la energía; y este término no significa la disminucion en un solo kilogrametro de la energía del sistema que se considera aislado; solo quiere decir que llegado el término fatal, la energía visible ha desaparecido, que toda la fuerza del sistema se ha empleado en hacer latir à todos los átomos de diferentes especies con un ritmo tal que desaparecen todas las manifestaciones de trastornos visibles; que aquel sistema duerme un sueño, del que por si solo jamás saldría si otros sistemas no vienen à despertar en él las fuerzas adormecidas por un equilibrio dinámico. Algo así como si todas las aguas de la tierra ocuparan el nivel más bajo posible, como si en la atmósfera se gotara el oxígeno capaz de combinarse con el carbon para hacerle arder; como si en todo el orbe no hubiera una cantidad de calor suficiente para hacer detonar el más suspicaz explosivo.

De todo esto lo que nos importa discernir es que la materia perdiendo su energía visible, y á la par su simplicidad primitiva, ha ido concretándose en cuerpos diversos disfrazando en propiedades peculiares esa energía perdida.

Ahora bien: lo sabios no han perdido la esperanza de analizar las formas hasta ahora irreductibles de la materia; si no ya la piedra filosofal nuestros físicos y químicos buscan esa materia primitiva; ó cuando menos quieren sorprender alguno de sus estados de evolución anteriores á la formación de nuestros cuerpos simples. Si el motor Keeley fuera una verdad, y si los materiales que lo componen no sufrieran alteración ninguna revelable en las propiedades físicas y químicas, tendríamos en el sonido ese reactivo, que hasta ahora se había buscado con éxito escaso (no del todo sin éxito) apelando á los recursos de la óptica. Si; esa fuerza que el motor aparentaría suministrar gratuitamente, sería tomada de la más recóndita constitución de la materia; como las murallas de Jericó se derrumbaron al son de las trompas de los hebreos, los lazos más apretados, los más antiguos que sugetaban los átomos últimos, se desatarían por virtud de una nota ó de una gamma de notas apropiadas; parte de la materia material se etizaría, y las fuerzas que la sugetaban en forma grosera serían puestas en libertad, y nos explicarían los Kilogrametros que sin saber de dónde recibiríamos. Si consideramos la infinita pequeñez de las masas desprendidas de la sustancia telúrica en forma de corrientes etéreas, comparada con la masa de estas, nos explicaríamos que ante nuestros medios de investigación la desorganización del sistema pasara por completo desapercibida.

Más es; todos nuestros motores conocidos obran en el sentido general de la naturaleza; tienden á la disipación de la energía; los cuerpos graves caen hácia el centro de atracción para producir trabajo, los motores caloríferos, después de haber producido un gran foco el calor, lo reparten con cuerpos fríos; los motores eléctricos lo son en cuanto permiten la nivelación de las potenciales eléctricas. El motor Keeley, por el contrario, obraría en sentido de regenerar esa diferencia vivificadora de la energía; al engendrar el éter de la sustancia, telúrica, no solamente produciría un trabajo visible, sino que quedaría en tal estado que la misma naturaleza tendería á volver el sistema material á su pristino estado.

Es cierto que hoy por hoy se considera imposible semejante rebelión contra la ley general de la disipación de la energía; y en este sentido el motor Keeley influiría en el modo de exponer y desarrollar esta teoría; pero de ninguna manera atacaría el principio universal de la conservación ó equivalencia de trabajos. En cambio esa hipótesis del éter, de la evolución de la materia, adquiriría mayor crédito; y al mismo tiempo se confirmaría como tendencia general, no como principio universal, que nunca lo ha sido, la disipación de la energía.

Pero también es muy probable, casi seguro, que el motor Keeley

no sea una cosa real, por lo mismo que su probabilidad está en razón inversa de la generalidad de la ley de disipación; y si la Academia francesa no quiso ensayarlo de seguro habrá sido por motivos basados en noticias fidedignas, reforzados en esta racional presunción.

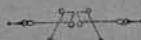
Así pues creo que debemos renunciar por ahora á regenerar el eter sin gasto de trabajo; es decir á suponer que el eter solo espera el *sesamo* mágico, la señal oportuna y fácil de pronunciar, para romper sus ligaduras groscras y escaparse de la materia telúrica en corrientes impalpables, de velocidades inauditas, útiles para el hombre en escala moderada; pero que producidas en una escala gigantesca nos llevarían, como hemos dicho, al caos primitivo. Y sin embargo todos los sábios están conformes con que las fórmulas termo-dinámicas, que rigen para los fenómenos actuales y para el porvenir cósmico, no pueden aplicarse más allá de cierto límite en las épocas pasadas. ¿No hay aquí como un atisbo de que, sinó el motor Keeley, otro cualquiera pueda resolver la cuestión? Pero la experiencia afirmando la conservación de la energía y estableciendo una excepción experimental de la disipación como tendencia empíricamente general en la naturaleza. Lo cual no es ni mucho menos arrasar la ciencia por sus cimientos.

GENARO ALAS.





DATOS HISTÓRICOS
Referentes al Reino
DE
NABARRA.



(CONTINUACION.)

Jf. 3. De los judíos dice Yánguas y Miranda que son «una de las clases de que se componían los habitantes de Navarra desde la mayor antigüedad (1)». Carezco de datos con qué precisar la época fija de su establecimiento en la tierra bascona. En tiempo de Tito llegaron á España los primeros, aumentándose la inmigración en los días del Emperador Adriano. A la sombra del poder romano, se extenderían por los pueblos que éstos ocupaban y que más tarde hubieron de cedér á los invasores godos. Creo que las aljamas judías trazan, con la exactitud mayor que hoy nos es dable alcanzár, el área de la ocupación latino-germánica. En el corazón de las montañas no hallamos judíos sino escepcionalmente. Los reconquistadores euskaros de la tierra los encuentran en las localidades que yán reocupando, como un limo que dejaron las sucesivas inundaciones extranjeras. Y como éstas localidades son las más accesibles, las más abiertas, las de territorio más fértil, á ellas acuden nuevamente los elementos alienígenas solicitados por los fueros de francos y de repoblación. Nace el comercio, se crea

la industria y el judío prospera, captando para sí una buena parte de la riqueza que circula. Mientras, el montañés, en su región inviolada, vive primitivamente del pastoreo, de las *razzias* de ganados, de saltear los caminos y de los productos de una agricultura rudimentaria, sin contacto con judíos, á quienes no atraen ni la aspereza del suelo, ni la tristeza del cielo, ni la rudeza de la vida, ignorante de todo lujo y delicadeza.

Habia juderías en Pamplona (2), Puente-la-Reina (3), Estella (4), Monreal (5), Tudela (6), Arguedas (7), Villafranca, Milagro, Peralta, Azagra, San Adrián, Andosilla, Lesma, Lerin, Miranda, Larraga, Cirauqui, Oteiza, Allo, Arellano, Dicastillo, Mendabia (8), Fúnes, Viana (9), Corella (10), Los Arcos (11), Caparrosa, Tafalla, Artajona (12), Cadreita, Marcilla (13), Cascante (14), Cárcar Laguardia, Berbinzana (15), Arróniz, Baigorri (*) (16), Ablitas, Cintruénigo (17), Andiñón, Fálces (18), Lumbier (19), Villa-Mayór, Adarreta, Lorca-mayór, Lorca-menór, Azqueta, Urbiola, Lezaun, Ayegui, Iguzquiza, Echabarri, Morentin, Zarapuz, Lehoricin, Villatuerta, Arizala, Azcóna, Asna, Murillo cabe Estella, Labeaga, Barbarin, Lácar, Abaigar, Riezu, Alloz, Ugar, Murugarren, Aniz (**), Leráte, Zurbano, Iturgoyen, Zabal, Ollobarren, Legardeta, Zufia, Eulza, Larrión, Ollogoyen, Metauten, Ganuza, Arbeiza, Urlz (?), Oléjoa, Galdiano, Zumbelz, Arteaga, Aramendia, Artábia, Echabarri (de Allin), Amillano, Oco, Gollano, Etáyo, Barindano, Artaza, Baquedano, Zudaire, Ordoiza, Legaria, Urra, Ecala, San Martín de Amescua, Eulate, Aranarache, Mendilibarri, Murieta, Learza, Ibáricu, Muez, Iruñela, Mirafuentes, Sorlada, Acedo, Villamera, Desiñana (20), Sangüesa (21).

Los nombres comprendidos entre Villamayor y Desiñana, ambos inclusivos, están sacados de una cuenta que se rotula: «*De condemnationibus factis per Dominum regis ratione mortis judeorum et destructione judaicarum*» (año 1323). Dichos pueblos figuran, por primera vez, en las cuentas, no así los demás que repetidamente salen á luz en las partidas de *Recepta de dineros*, porque pagaban pechas al Rey. Me ocurre, por lo tanto, una duda; ¿había juderías en todos éstos pueblos, ó fueron castigados porque tomaron parte

(*) Es el Baigorri de la Merindad de Estella.

(**) Se trata de un Aniz que existió junto á Cirauqui, nó del pueblo Baztanés del mismo nombre.

en la matanza general, acudiendo à donde las hubiese? Me inclino à la primera opinion, pues en esa lista menciona otros pueblos yà acotados, en que positivamente nos consta existian aljamas que fueron destruidas. Si es exacto mi parecer, llamarà la atención la extraordinaria difusión del elemento hebreo por la Merindad de Estella, que sin duda irradiaba desde el potente foco de su capital y penetró hata el corazón del país, asentándose en la misma sierra, en Lezaun, Riezu, Ollogóyen, Ollobarren, San Martin de Amescoa, Zudaire y Zumbelz. En las Merindades de Pamplona y Sangüesa careció, en absoluto, de este poder de expansión.

La Reconquista cristiana destruyó el dominio mahometano, pero permitió que los vencidos, debajo de condiciones muy favorables, permanecieran en el país. Habia población morisca en Tudela (22), Córtes, Ablitas, Corella (23), Cadreita (24), Roncesvalles, (55), Cascante (26), Arguedas (27, Valtierra (28), Monteagudo (29), Murillo (30. Los moros ó sarracenos, como núcleo importante de población, únicamente se conocieron en la Merindad de Tudela, que fué la última reconquistada.

Es muy notable la existencia de gente sarracena en Roncesvalles, en la cumbre del Pirineo nabarro. La única indicacion referente à ella que he encontrado es la siguiente: «Comun despens por la host de Gascoynna.—A moros de Ronzasvals por comprar avena en Ronzasvals XXV libras». ¿Ocuparon à Roncesvalles los moros de una manera tan permanente que cuando fué reconquistado éste punto prefiriesen vivir entre los vencedores, como hicieron muchos de sus hermanos de la tierra llana, à abandonar un país en el que habian arraigado? El insigne monasterio era dueño de muchas propiedades en la Ribera y cabe que de aquí los trasplantasen los monges para utilizarlos en su servicio. Conviene recordár que vários de los poemas del ciclo carlovingio atribuyen à los moros la rota famosísima de Roncesvalles, sin mentár siquiera à los Bascones. Los moros, como veremos luego, prestaban serviciomilitar en Navarra. Acaso entre los montañeses de Ibañeta formaron mesnadas sarracenas, las del mismo Roncesvalles acaso, y tendremos aquí el origen de la prodigiosa florescencia que admiramos en los poemas franceses, tachándola de pura leyenda. El enemigo hereditario en aquellas remotas épocas era el Moro; bastaba que éste figurase con el carácter de auxiliár en la rota para que la imaginacion impresionada de los vencidos, mediando el tras-

curso del tiempo, convirtiéndose á lo accesorio en principal, atribuyendo á los mahometanos la hazaña de los enskaldunas. (*)

El nombre personal de Moros y Judios era siempre á la usanza indigena de ellos; el de familia ó segundo nombre, no siempre. Los vemos usando nombres de localidad y calificativos ó apodos, grotescos ó innobles, por lo regular, éstos, signo del menosprecio con que los iba ya mirando la opinion pública. Tambien la lengua euskara suministró su contingente á la segunda clase. Dejando á un lado los nombres puramente semitas, citaré los demás que tengo anotados: Salomón Calabaza, Samuel Ezquerria (31), Azocac Luengo, Ali de Córdoba, Azoch, hijo de Bildocha (32); Mosse Mocha, Mata suegro (33); Levi Macho (34), Amet del Morál, Abdeilla Fortiz, Abdeilla Maymeros, Samuel de Peralta, Juda de Fálcas (35), Juce Arraona, Bitá del Truylár (36); Jucel, Mal-degollado (37); Azach Gamiz (38), Gento Baturro; la Chacolina, judia 39); Juda Mataxcon (40), Jacob de la Puerta, Juce Pelletziel (41), Mahoma Zazpi (42), Salomon Macarel, Davit Monequél, Azach de Búrgos, Gento Cabron, Gento del Huerto (43), Salomon Rogat, Samuél Cortès (44); Zalema Romo; Mahoma Albigeiti, Mira-al-pelo; Axa, la pachona; Mariem, la cebolla (45); Ibrahim del Palombar (46), Eyza Calvo, Juce de Varillas, Iza Fabro, Mahoma de Far (Haro), Mosse de Alfaro (47), Salomon Uroz, Samaya de Nágera, Miri de Troa, Iza Muriello (48), Lopo Cabez-Blanco, Ibrahim de Algabay (49); Siente de Abaya; Mahoma el palaton; Fátima de Finiesteyllas, Mahoma de Ribaforada, Mahoma de Garzas (50), Amet Peix, Lopo de Beayara, Mahoma Zarbot, Mahoma Genet (51); Audella el Cuerno, Ibrahim de Borja (52), Juce Gavarda, Azac de Ablitas, Mosse | Baldresero (53), Salomon Ederra (54), Mosse Monreal, Samuel Sardrado, Mosse de Cascant (55).

El estado legal de los moros y judios en Nabarra denotaba un espíritu muy ámplio, exento de toda animosidad de raza y religion

(*) Personas que por su cargo han estudiado bien lo pasado de la Real Casa y Monasterio de Roncesvalles me aseguran que en su archivo nada consta referente á poblacion morisca. Cabe muy bien que la hueste de Gascaña llevase consigo mesnaderos sarracenos y que éstos estuviesen de paso al comprar la avena de que se hace mérito en la cuenta. La redaccion de la partida es muy terminante, pero es posible un error de redaccion. Una única referencia es poca para decidir este punto, en mi concepto muy curioso.

aunque castigando, como era justo, pero con la dureza propia de la época, á los apóstatas y relapsos; en sus relaciones con los cristianos regia, en general, el principio de la reciprocidad y en la mayor parte de las ocasiones estaban equiparados á los francos.

1.º El año 1114, el Rey D. Alfonso el Batallador hizo varias concesiones á los moros que quedaron en Tudela, confirmándolos en sus oficios de alcudes, alfaques y alguaciles. Esta carta tiene el carácter de un pacto. Los principales capitulos son: que despues de un año saliesen á los bárrios de fuera con sus mugeres, hijos y muebles; que conservasen sus propiedades pagando el diezmo; que las pudiesen vender y empeñar libremente; que celebrasen sus juicios ante su alcudi y alguaciles, como ántes; que en los juicios entre moros y cristianos, el alcudi juzgase á los moros, según su *zunám* y el alcudi de los cristianos á los cristianos según su fuero; que si quisieran irse á tierra de moros, pudieran hacerlo; que si hubiese sospechas contra moros de algún delito, se juzgase por el dicho de moros fieles y nó de cristianos; que los moros no fuesen obligados á ir á la guetra; que ningun cristiano entrase por fuerza en casa de moro, ni en sus huertos; que si algún moro hubiese de jurar contra cristiano, lo hiciese según su *zunám*; que no se pusiese juez mayór sobre los moros que no reconocian señorío, si sobre sus haciendas; que los moros y sus ganados pudiesen andar libremente por la tierra del Rey; que no se les impidiese el uso de sus armas y que ningun cristiano permitiese que judío ni moro comprase moro por cautivo. Los moros de Tudela disfrutaban de sus derechos municipales, é intervenian en los repartimientos de las aguas por medio de su *alamin* ó fiél de las aguas que obraba concurrentemente con otro cristiano. Con arreglo al fuero de Sobrarbe, la tercera parte de los bienes de los moros que morian sin sucesion, se reservaba para sus almas. Los Moros de Tudela pechaban al Rey el *mortuorio* ó *mañería*, pero D. Teobaldo 2.º en 1264 los libertó de esa pecha concediéndoles la facultad de dejar sus bienes al pariente más cercano, á falta de sucesor. Los moros libres participaban de la nobleza de los cristianos y obtenian como ellos, mesnadas del Rey (56).

2.º Los moros prestaban servicio militar; el privilegio de don Alfonso el Batallador que acabo de dar en extracto me hace suponer que este servicio habria nacido en virtud de pactos posteriores, ó que los moros constituirían tropas auxiliares á sueldo. En

1294 el Merino de la Ribera Jehan de Yanvila llevó consigo à Bierlas veinte moros por la paga de seis dineros à cada uno y el Domingo seis de Junio del mismo año Johan de Villes, alcaide de San-Adrian, envió à Monteagudo veinte moros ballesteros, por razon de que se decía que el Concejo de Tarazona iba à atacar la villa; estuvieron siete días y costaron diez libras (57). El año 1298, el Merino de la Ribera llevó consigo cuarenta sarracenos en persecucion del bandido Miguel Jimenez, à cada uno de los cuales pagó veinte sueldos (58). Socaud de Archiac, Merino de la Ribera, el año 1319, al frente de cincuenta caballos y ciento diez peones, además de su comitiva ordinaria, fué à talar y cortar el trigo y las viñas de Alfaro; llevo tambien diez sarracenos ballesteros que costaron cuarenta y seis sueldos y ocho dineros (59).

3.º En 1170 los moros de Tudela se trasladaron al castillo de ese pueblo, con beneplácito del Rey D. Sancho el Sábido, à fin de estar à cubierto de las vejaciones de los cristianos. Les concedió el fuero de los judíos de Nàgera y además la facultad de vender las casas que dejaban en su bårrio; que no pagasen lezta, con la condicion de cuidar de los reparos del castillo; que si fuesen invadidos y m. tasan à algunos hombres no pagasen homicidio; que en los juramentos que prestasen, à peticion de cristianos, respondiesen diez veces *juro* y otras diez *amén*; que tuviesen, en calidad de juez, un cristiano puesto por el Rey, al cual acudiesen con sus quejas contra los cristianos, y les señaló cementerio para sus muertos (60).

4.º Los judíos podian tener tantas mugeres cuantas pudiesen gobernar; pero si desamparaban à una, tenian que desamparar à todas. Si algún judio pecaba con cristiana, según el fuero de So-brarbe de Tudela, ambos debían de sér quemados (61).

5.º El principio de reciprocidad que informaba los privilegios de D. Sancho el Sabio y de D. Alfonso el Batallador pasó, sistematizándose, à varias leyes del Fuero General: «Entre crisptianos, indios ó moros no ay torna à bataylla, más cada uno se debe defender por el todo facho el uno del otro por iura segun su ley, assi de feridas como dotras cosas, si pruebas no han, è si algún crisptiano ha pleyto con iudio sobre alguna cosa, et querrà pro-var lo que dize, ha menester dos testigos, iudio et crisptiano; è si algún iudio quiere provår contra al crisptiano con testigos, ha mes-tér crisptiano è iudio; et si el crisptiano quiere provår contra al

moro, prueve con crisptiano et moro. Otrrossi, el moro prueve al crisptiano con crisptiano et moro, el iudio al moro con iudio et moro, el moro al iudio con iudio et moro» (62). La prohibición de la prueba de batalla era muy prudente, por que podia dar pábulo à antagonismos de raza. Entre los individuos que pertenecian à una misma, no estaba prohibido. Hallo en las cuentas la siguiente partida: «Por fer la hera en la pieza del Cuende en que debian bataillar los judios, nueve sueldos (63).»

El libro II, título VII, capitulo III del Fuero general contiene la fórmula del Juramento que habian de prestar los judios en sus pleitos y contiendas con los cristianos: es tan larga, como curiosa. El legislador fué reuniendo en ella cuantos conceptos podian solicitar la veracidad de los hebreos, con arreglo à su ley. Las numerosas y tremendas imprecaciones con que amenaza la ocultación de la verdad revela poca confianza de que hubiese de manifestarla el jurante. Mas despues nuestro Código foral, inspirándose en sus principios de desapasionada reciprocidad admite que el engaño tanto podia producirse por parte del judío como del cristiano. Asi tenemos: «Fazania de un iudio: empeynó à un crisptiano un vaso de estayno por C. sueldos à logro que montassen à cabo de un ayno otros C. sueldos. En logar de vaso de plata era destayno. Era el baso pesado et sano, et passó un ayno, et cabo del ayno cognosció el crisptiano que era el baso destayno et que era engaynado, et pensó como podies aver sus dineros, et fizo zerrár el esquiszo de su casa con la cierra et robó su casa mesma, et fizo semeiant que robado era, et fué el resono (rumor, noticia) à éste iudio, et vino con C. C. sueldos, et engaynó al iudio en su vez (64).» —«Fazania que un iudio dió à tenir L cobdos de drapo à un crisptiano et non fizo testimonias, et nol dió et non fizo ren el crisptiano, et vio el iudio que era engaynado, et cayllose III aynos; et pues vino con C. cobdos de lienzo al crisptiano et fizo testimonias sobre eyll, et las testimonias feytas levóse à su casa este lenzo et sobo bien dos meses, et pues vino à este crisptiano et demandó sus C. cobdos de lienzo. Este crisptiano quiso dizir que no ovo este lienzo, mas con las testimonias que ovo feytas, óvoli à dar sus C. cobdos de lienzo el crisptiano; et vengóse assi el iudio (65).»

CONTINUARÁ

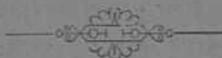
ARTURO CAMPION.

NOTAS

- (1) *Diccionario* etc., tomo II, pág. 111.
- (2) Comp. D. Salvador de Aoiz, baille de Pamplona, tomo 1.º, año 1265.
- (3) Comp. D. Johan Periz, prevost e baylle del Pont-de-la Reina, tomo 1.º, año 1265.
- (4) Comp. D. Pero Lopiz de la Solana, baylle de Estela, tomo 1.º, año 1265.
- (5) Comp. D. Martin de Ibero lo Merin de Sangossa, tomo 1.º, año 1265.
- (6) Comp. D. Miguel Baldovin, baille é justicia de Tudela, tomo 1.º, año 1265.
- (7) Comp. D. Pere Gavarda, lo Merin, tomo 1.º, año 1265.
- (8) Id., id., id.
- (9) Comp. D. Creste é D. Miguel de Undiano, tomo 1.º, año 1265.
- (10) Comp. D. Martin Rois, Merino de la Ribera, tomo 2.º año 1279.
- (11) Conto del año 1297, en el tomo 3.º
- (12) Conto de Johan de Vaneylla, Merino de la Ribera; tomo 4.º año 1290.
- (13) Conto de Johan de Ianvila, Merino de la Ribera, tomo 6.º, año 1294.
- (14) Espensa del Mirino Johan de Ianvila e de Johan de Viles alcait de Sant-Adrian; tomo 6.º, año 1294.
- (15) Comp. Petri Raimundi de Robistagno. Mir. Stelleñ, tomo 7.º, año 1300.
- (16) Comp. Garsie Michaeli, de Erietis, locum ballivi Stelli; tomo 7.º; año 1300.
- (17) Comp. Johannis de Villaribus, Mir Riparie; tomo 8.º, año 1304.
- (18) Conto Petrus Remondi de Rabastens, Mirinus Stelle; tomo 8.º, año 1304.
- (19) Cuento de Paule de Bechavena, Merino de Sangüesa; tomo 8.º, año 1304.
- (20) *De condenaptiónibus*; rolo de cuentas, caj. 6, núm. 26, año 1323.
- (21) Conto Michael Petri de Ayunnes, collector redd, ballive Sangosse tomo 22, año 1328.

- (22) Comp. D. Miguel Baldovin, baille é justicia de Tudela; tomo 1.º, año 1265.
- (23) Comp. D. Pere Gavarda, lo Merin; tomo 1.º, año 1265.
- (24) Comp. D. Creste é D. Miguel de Undiano; tomo 1.º, año 1265.
- (25) Id., id., id.
- (26) Conto del año 1298; tomo 3.º
- (27) Conto de Johan de Vaneylla, Merino de la Ribera; tomo 4.º, año 1290.
- (28) Conto de Johan de Ianvila Merino de la Ribera; tomo 6.º; año 1294.
- (29) Comp. Socaudi de Archiaco, Mir Ripparie; tomo 19, año 1319.
- (30) Comp. Michael Petri de Villanova, collector redd, Mirinie Rippie; tomo 22, año 1328.
- (31) Comp. D. Pero Lopiz de la Solana, baille de Estela; tomo 1.º año 1265.
- (32) Comp. D. Miguel Baldovin, baille é justicia de Tudela; tomo 1.º, año 1265.
- (33) Comp. D. Guillermo de las Barras, prevost de Estela; tomo 1.º, año 1265.
- (34) Comp. D. Cresté é D. Miguel de Undiano; tomo 1.º, año 1265.
- (35) Comp. D. Martin Rois, Merino de la Ribera.
- (36) Comp. de Salas, alcayet del castiello de Esteilla; tomo 2.º, año 1279.
- (37) Conto de Johan de Vaneylla, Merino de la Ribera; tomo 4.º, año 1290.
- (38) Comp. Guillermi Isarvi, Merini terre Stelleñ, tomo 4.º, año 1290
- (39) Comp. Jacobi Carnotem, ballivi Stelli; tomo 4.º, año 1290.
- (40) Conto de dineros é de pan de la Merinia de Paule Bechavena; tomo 5.º, año 1291.
- (41) Conto de Jacques de Chartres, baile de Steilla; tomo 5.º, año 1291
- (42) Conto de Johan de Ianvilla Merino de la Ribera; tomo 6.º, año 1294.
- (43) Conto de Johan Breton, castellano de Belmecher, baile de Esteilla; tomo 6.º, año 1294.
- (44) Compoto Garsie Michaeli de Erietis, locum ballivi Stelli, tomo 7.º, año 1300.
- (45) Comp. Johanni, de Villaribus, Mir Ripparie; tomo 8.º, año 1304.
- (46) Comp. Johanni de Villaribus, Mir Ripp.; tomo 11, año 1307.
- (47) Comp. Petrus Sancii de Monteacuto Mir. Ripp, tomo 13, año 1319.
- (48) Cuento de Inego de Uxué, baile de Tudela; tomo 18, año 1318.
- (49) Cuento de Enego de Uxué, justicia de Tudela; tomo 19, año 1319.
- (50) Comp. Socaudi de Archiaco, Mir Ripp; tomo 19, año 1319.

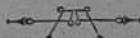
- (51) Cuento de Ienego de Uxué, bayle de Tudela; tomo 19, año 1319.
- (52) Conto de Messire Dru de Saint-Pol Mirino de Esteilla; tomo 20, año 1321.
- (53) Comp. Petrus Caritat ballivus Tudela; tomo 22, año 1328.
- (54) Comp. Steph de Rosis, campsor collector redd, Navarrerie; tomo 22, año 1328.
- (55) Conto de Pero Caritat baille de Tudela, tomo 25, año 1329.
- (56) Yánguas y Miranda. *Diccionario* etc.; tomo 2.º, de la pág. 428 á la 434 inclusives.
- (57) Conto de la Merindad de Tudela; tomo 6.º
- (58) Conto de la Merindad de Tudela; tomo 3.º
- (59) Cuento del Merino de la Ribera; tomo 19.
- (60) Yánguas y Miranda. *Diccionario* etc.; tomo 2.º pág. 111.
- (61) Id., id., id.; pág. 112.
- (62) Fuero general, lib. II, título VI, cap. IX.
- (63) Computus de Pelegrin Estéban Prevost de Esteilla; tomo 2.º año 1279.
- (64) Fuero general, lib. VI., tit. IX., cap. IX., Fazania cómo un cristiano se defendió del engayno de un iudio.
- (65) Id., id., id., cap. III, Fazania como un iudio se defendió del engayno de un cristiano.





Cajon de sastre.

QUE CONTIENE RETAZOS BUENOS, MEDIANOS, MALOS Y PEORES.



(CONTINUACION)

El carnicero:—«¿Qué enviaré á V. hoy señora?» *Doña Basilisa:*—Envieme V. una pierna de carnero; pero cuide V. de que sea de un carnero negro, pues estamos de luto.

No pudiendo un dentista extraer una muela cariada que hacia sufrir mucho á una señora, exclamó:—«¡Señora! Es imposible que nada malo salga de su boca de V.»

—«Siento no haberte conocido hasta que quedé viudo, —dijo D. Ruperto á su segunda esposa, con quien no era muy feliz.»—«¿Qué quieres decir?»—preguntó ella.—«Que quisiera que hubieses sido mi primera mujer, pues de ese modo estaria ahora casado con otra.»

Al final de unos ligeros apuntes necrológicos, dice un periódico: «El finado era un hombre que había sufrido mucho. Estuvo suscrito á nuestro periódico desde la fundacion del mismo.»

Si seria solteron empedernido aquel á quien habiéndole preguntado qué significaba una larga fila de carruajes

que habia en una calle, y si era un entierro, contestó:—
«Es mucho peor que eso; es una boda.»

En un coche de primera clase del ferrocarril de....., decia un individuo á un compañero de viaje:—«El vapor es una gran cosa.»—«Así es en efecto;—dijo el otro. Yo le debo mi fortuna.»—¿Es V. Director de alguna compañía?—«No.»—Ingeniero, tal vez?—«Tampoco; he perdido varias personas de mi familia á consecuencia de accidentes ocurridos en las líneas férreas, y he cobrado buenas indemnizaciones.

Dos jóvenes escritores hablaban de su ambicion y de sus esperanzas.—«Si para la edad de treinta años no he logrado crearme una reputacion, me levantaré la tapa de los sesos,»—dijo uno.—«En ese caso,—repuso el otro,—puedes desde ahora contarte por muerto.»

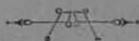
—«No es posible sumar cantidades heterogéneas,»—dijo un maestro.—«Si se suman un cordero y una vaca, la suma no será dos corderos ni dos vacas.» Un pequeño, que era hijo de un vendedor de leche, levantó la mano, y dijo:—«Eso será verdad tratándose de vacas y corderos; pero si suma V. un cuartillo de leche y otro de agua, el resultado será dos cuartillos de leche. Lo he visto hacer más de mil veces.»

VICENTE DE ARANA.





Crónica local.



Reforma conveniente.

Nuestro querido amigo y colaborador, el docto catedrático de este Instituto, D. Julian Apraiz, viene publicando en *El Anunciador Vitoriano* unos bien pensados artículos, acerca del empleo de los *carros fúnebres* para la conducción de cadáveres al Cementerio, haciendo la historia detallada de las vicisitudes porque ha pasado el proyecto de esta mejora que de consuno reclamaban hace tiempo, las exigencias de la higiene pública moderna, la dignidad humana y el ejemplo de otras capitales cultas, en las que hace tiempo se ha introducido.

Con razones y argumentos de peso; demuestra la conveniencia y necesidad de esta reforma á la que sólo añejas preocupaciones y reparos pueriles se han opuesto hasta ahora.

Felicítamos sinceramente á nuestro amigo.

Un pleito original.

Lo es el entablado por la Cofradía de la Virgen Blanca, ante el tribunal Eclesiástico, contra el Cura Ecónomo de la Iglesia de San Miguel, de esta Ciudad, á consecuencia de haberse éste negado á que á las funciones que la misma acostumbraba á celebrar la citada Cofradía, asistiese la orquesta y Capilla de D. Nicolas Guereta.

Defiende á la Cofradía el joven é inteligente letrado, D. Gabriel de Aragon, que en las dos sesiones del juicio celebradas ha demostrado que es digno del crédito y la fama que en corto espacio de tiempo ha sabido conquistar, haciéndose un lugar distinguido en el foro vitoriano.

La parte contraria tiene por abogado defensor al Sr. D. Angel Alvarez del colegio de Vitoria.

Juegos florales.

Gratisimo recuerdo dejaron en cuantos la presenciaron, la solemnidad de la adjudicacion de los premios á los autores de las composiciones premiadas en los Juegos Florales iniciados por el Ateneo de Vitoria.

La noche del 25 de Octubre, nuestro bonito Teatro se hallaba completamente ocupado por personas de todas las clases de la sociedad, abundando las bellas vitorianas y la flor y nata de los amantes de la literatura y el arte. La memoria leida por el Secretario, nuestro particular amigo y colaborador D. Herminio Madinaveitia es un trabajo excelente, lleno de interés y amenidad y elegante y correctamente escrito. El discurso del Presidente del Ateneo, D. José M. Caballero, fué breve pero discreto y propio del acto solemne que se celebraba. Las composiciones premiadas, que fueron leidas por algunos Sres. sócios, son dignas de la distincion de que fueron objeto y algunas de mérito relevante.

La que obtuvo la Flor natural, valiente y enérgica, no menos que dulce y sentida, es original del ilustrado Teniente de Artillería Sr. Arzadum, el que, en uso de su derecho, eligió reina del certámen á la hermosa Sta. Rosalía Echagüen, la que, conducida por el laureado poeta, en medio de los acordes de triunfal marcha, ocupó el trono que se le tenía destinado. Este acto fué imponente y conmovedor, promoviendo una tempestad de aplausos que partían de todas partes. Adjudicados los premios, el público se retiró satisfechísimo y deseando que se repitan actos que tanto dicen en favor de la altura de este pueblo y de la ilustracion del Ateneo, al que enviamos nuestras más entusiastas y calurosas felicitaciones.

Espectáculos.

El sábado 27 dió principio á sus tareas, en nuestro Teatro la Compañía cómico-lírico dramática que dirige D. Carlos Calvacho. La Compañía es regular, y cuenta con un repertorio variado y escogido.

Hasta ahora las obras que ha puesto en escena son; la comedia *Guerra para hacer las paces*, original del director de la Compañía, la parodia *I comici tronati* la zarzuela *El lucero del alba*, *Robo en despoblado*, *Ya somos tres* y el drama fantástico-religioso *D' Juan Tenorio*.

Los bailes *La Danza* y *La Lira* continúan los domingos y días festivos, tarde y noche, tan concurridos y animados, viéndose en ellos las caras más bonitas y disfrutando los concurrentes de las delicias del baile y de las ocurrencias de los bailarines. Se pasa allí el tiempo de la manera más agradable.

En el barracon del Juego de Pelota puede admirarse una hermosa colección de fieras y animales salvajes; leones, tigres, panteras, un leopardo, dos hienas, un chacal, lobos de los pirineos, la cebra, la llama blanca del Perú y la serpiente boa constrictor, magníficos ejemplares que imponen con sus aptitudes y poderosos rugidos. Se admira también una numerosa tropa de monos y perros amaestrados, que ejecutan bonitos trabajos y ejercicios y provocan con sus gestos y habilidades la hilaridad de los espectadores, los cuales dan por bien empleadas las dos horas que dura este espectáculo, muy digno de ser visto por las personas de gusto.

Hasta la otra quincena.

PASCUAL LOPEZ.

